

Por MARIANO LEBRON SAVIÑON

— I —

Hubo un hombre de verdadera alcurnia dentro de las normas del alto linaje, que aunó en su corazón estas tres altas virtudes, las cuales atesoró y legó como ínsita herencia de amor: patriotismo, dignidad y cultura. Ese hombre venía de una familia que fué en el cantero de la patria, macolla luminosa. Me estoy refiriendo al Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, médico graduado en París, y hermano de esotro don Federico Henríquez y Carvajal, el Maestro, quien vió transcurrir, patriarcal y longevo, casi un centenario de la patria, con su larga cadena de vicisitudes. Aquél Dr. Henríquez casó con una dama ejemplar, entroncada en las tradiciones de la poesía, poeta ella misma de altos vuelos, y a quien el fogoso orador Eugenio Deschamps proclamara, de viva voz, en el Ateneo de Puerto Plata, “la poetisa nacional”. Me refiero a Salomé Ureña. En ese hogar propicio y de esta afortunada unión vino al mundo quien sería, con el transcurrir de los años, la primera figura intelectual de la República Dominicana: Pedro Henríquez Ureña. Y una de las primeras de América.

No es un decir. La labor intelectual de Pedro Henríquez Ureña anda por los caminos del mundo, en el recuerdo de sus discípulos, que fueron muchos, y en la amplia y fértil bibliografía, que abarca los más diversos temas, henchida de sapiencia, de erudición y generosidad. Y llena también (es esta razón que quiero destacar, y que será argumento central de este trabajo), de hondo fervor patriótico. En ese mismo hogar se formaron otras figuras de nuestro mundo intelectual: Fran, Camila y Max Henríquez Ureña. Max, el menor de los varones (Camila es la más pequeña), realizó también, una magnífica y fecunda labor intelectual, de la que me ocupé en conferencia que escribiera para los estudiantes de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

El nombre de Pedro lleva, inconscientemente, la pasión lucubrante hacia las excelencias de una familia que, atalayándose tras las

roqueñas eminencias de su orgullo, ofrece, como enseña, una honrosa tradición de cultura. Por la parte materna, Salomé Ureña de Henríquez, la mujer símbolo de nuestra poesía, *Corina que venció a muchos de nuestros Píndaros*, como la llama Abigail Mejía, poeta enérgica, que a Menéndez y Pelayo le hace recordar a Juan Nicasio Gallego, y a nosotros nos hace evocar, con su voz dulce de mujer, miserias y esplendores de nuestra patria. Voz casi solariega entre nuestras mujeres, y que pasó, a lo largo de nuestra historia literaria, gigante ante los débiles balbuceos de Josefa Perdomo y las quejumbres sollozantes de Altagracia Saviñón. Para volver a escuchar una voz femenina vigorosa y pura en el campo de la poesía moderna, hay que llegar a nuestros tiempos, cuando se escuchan los cantos románticos de Carmen Natalia y los libérrimos gritos de Aida Cartagena Portalatín.

La vena poética de Salomé le venía de su padre, don Nicolás Ureña, quien, aunque nunca vió crecer los alones de su vuelo, se recreó en la imagen bucólica y la cancioncilla impregnada de agrestes aromas. Por el tronco paterno, los Henríquez y Carvajal, y una buena copia de Henríquez, a la cabeza de los cuales podemos colocar a su hermano Max. Junto con ellos: el elegante y pulcro don Enrique Henríquez, señor de los nocturnos y del madrigalesco gálibo sonoro y Rafael Américo Henríquez (nuestro querido Puchungo, muerto ya), perfectamente serio y con una poesía romancesca de alta calidad.

Pedro Henríquez Ureña fue un hombre de vasta cultura, de conocimientos profundos. Sus inclinaciones y buen gusto, alimentados bajo el rescoldo hogareño, le nacieron ya en su temprana muchachez. Nos cuenta Max cómo a los nueve años le preocupaban las lecturas de SHAKESPEARE y tras de ver presentar algunas de sus obras, por una compañía mediocre, quiso comprar sus libros ante al asombro del librero. A esa temprana edad las lecturas de los hermanos Henríquez Ureña estaban, según esto, muy por encima de lo común. Su madre admiraba a estos dos vástagos maravillosos, y adivinando lo que sería con el tiempo el mayor de los dos, le escribió un poema, *Mi Pedro*, del cual son estas cuartetas:

Así es mi Pedro: generoso y bueno,
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi ternura
y digo al porvenir: ¡ite lo confío!

En 1901, Pedro viajó a New York con su padre, con el fin de cursar estudios universitarios. En aquella urbe, entre conciertos, espectáculos operáticos y teatrales, fue empapándose del gran atuendo cultural del movimiento artístico en una gran ciudad. De esta manera los hermanos Henríquez enriquecían su gran acervo. Luego pasaron a Cuba, donde la personalidad de ensayista de Pedro comenzó a encimarse; su nombre se abillantó con la publicación, en La Habana, de su primera gran obra: *Ensayos Críticos* (1905). En 1906 embarcó a México. México era, entonces como ahora, delantero en el movimiento cultural de los países hispánicos. Pero su personalidad no fue en desmedro en aquel medio de intensa vida, por el contrario; en el grupo literario de la *Revista Moderna de México*, de la cual era director el poeta José E. Valenzuela, él fué la figura central.

Estaba el modernismo en pleno apogeo y en México tenía altas resonancias. *En casa de Valenzuela se reunían muchos escritores y poetas de significación dentro del movimiento modernista entonces en auge: por allí desfilaban Luis G. Urbina, Balbino Dávalos, José Juan Tablada, Jesús Urueta y Efrén Robalado, y a veces venía de Jalapa Salvador Díaz Mirón, y también concurrían, junto con los hijos de Valenzuela, entre los cuales Emilio solía cultivar el verso, no pocos jóvenes de la nueva generación que, en su mayoría, se han destacado después tanto en la vida intelectual, como en la vida pública de México: Alfonso Cavioto, que había iniciado la publicación de una excelente revista, SAVIA MODERNA, como órgano de la juventud; Antonio Caso, que gozaba ya de extenso crédito en el campo de los estudios filosóficos; Rafael López, Ricardo González Robelo, Abel C. Salazar, Eduardo Colín, Manuel de la Parra, Roberto Argüelles Bringás, Luis Castillo Lendón, Angel Zaragoza, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña, Jesús T. Acevedo, Rubén Valenti, Jenaro Fernández Mc.Gregor, Isidro Fabela, Jesús Villalpando, y el benjamín del grupo, Alfonso Reyes, que, tanto en el verso como en la prosa, hacía ya gala de las excepcionales dotes que le han consagrado como maestro del pensamiento y artífice de la expresión.* (Cita de Max Henríquez Ureña).

Fue Alfonso Reyes, precisamente, quien le llamó a Pedro Henríquez Ureña el Sócrates del Grupo, homenaje del gran humanista mexicano al humanista antillano a quien siempre miró como maestro.

Nuestro humanista fue un viajero sempiterno, huésped ilustre de numerosas universidades. En 1920 lo tenemos en España, donde estrecha amistad con la intelectualidad española que centra Menéndez y Pidal. Más tarde lo tenemos como profesor de humanidades en la Universidad de México, a la cual lo lleva don José Vasconcelos. Más luego pasa a Argentina como profesor de la Universidad de la Plata.

Allí estableció su residencia hasta su muerte en 1946. Max Henríquez Ureña nos ilumina los últimos momentos del hombre genial:

“En una mañana de Mayo se dirigía Pedro a la editorial según costumbre (se refiere a la Editorial Losada, donde tenía a su cargo: “Las Cien Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal”, colección que había publicado 41 volúmenes), atendió allí diversos asuntos; y cuando el presidente de la empresa, Gonzalo Losada, lo apremió para que lo acompañara a un almuerzo que la propia editorial ofrecía a sus distinguidos visitantes extranjeros, se excusó alegando que no debía faltar a su cátedra de La Plata, ya que la víspera le había sido imposible ir por encontrarse algo indispuerto. Apresuradamente se encaminó a la estación del ferrocarril que debía conducirlo a La Plata. Llegó al andén cuando el tren arrancaba, y corrió para alcanzarlo. Logró subir al tren. Un compañero, el profesor Cortina, le hizo seña de que había a su lado un puesto vacío. Cuando iba a ocuparlo se desplomó sobre el asiento. Inquieto Cortina al oír su respiración afanosa, lo sacudió, preguntándole qué le ocurría. Al no obtener respuesta, dió la voz de alarma. Un profesor de medicina que iba en el tren lo examinó y, con gesto de impotencia diagnosticó la muerte. “Así murió Pedro: camino de su cátedra, siempre en función de maestro”.

“Era la muerte exacta para su vida magistral”, apuntó el argentino Angel Mazzei.

II

Pedro Henríquez Ureña fue elegante en el decir y de una honestidad literaria admirable. Toda su alta virtud le venía de lejos, de un ancestro magnífico; porque Pedro bebió en los pechos henchidos del estudio la leche generosa de la cultura. Esta refacción animó su vida, y le hizo atisbar en los ribazos de su extensión, las mejores florecillas. Ya dí la clave, porque he tocado la cultura de Pedro, su inmensa cultura, crisol donde se modeló su alma. Su lucumbrar, su fatigante actitud para el estudio, el maravilloso don de la palabra oportuna y límpida.

La materia de la cultura es el hombre y si han florecido varias culturas, algunas lejanas a nuestros conocimientos, como dice Spengler, cada una ha impreso al hombre su propia forma, su propia idea, sus propias pasiones, su querer, su sentir y hasta su propia vida y, lo que parece más insólito todavía, hasta su propio morir. El hombre va viviendo y desarrollando símbolos que condicionan su vida y, siempre siguiendo a Spengler, “la realidad como conjunto de todos los símbolos de un alma es la idea del macrocosmos”. Esos símbolos son

corpóreos y están en la extensión, en limitados espacios. Sus límites son el principio y el fin. No pueden ser otros. De modo que el hombre se sitúa en el espacio y la muerte —el abismo y el no ser— y al despertar de su puericia se hace consciente de esta abisal finitud que lo aísla; ve la muerte de los otros, espera la suya, y se siente, a sí mismo, como ente aislado en un mundo extraño y extenso; conoce su inmensa soledad en el Universo, y despierta en su corazón el terror cósmico, bajo la forma puramente humana del terror a la muerte, al límite del mundo luminoso, al espacio rígido. Y vuelve así a surgir —ya lo he tratado en otras ocasiones— el tema del terror, El terror, en el que está inmersa la cultura actual, con un acusado constante temor a la muerte.

Pero ahora no se trata del terror. En Pedro Henríquez Ureña florecía, como sonrisa de frescura, un optimismo jocundo y primaveral. Por eso escribió obras imperecederas. Otros intentaron a la sombra de un necio orgullo escribir obras de eternidad, pero no lograron sino parir algunas, febles y efímeras, como flores de la tarde que se marchitan tan pronto empieza a amanecer.

Entre la jerarquía de los escritores, los ensayistas están en número exiguo entre nosotros. La historia de la Literatura habla de Federico García Godoy, en cuyas *Páginas Efímeras* enjuicia con cierta severidad analítica algunas egregias personalidades del mundo literario americano. Américo Lugo importantiza el ensayo con una prosa bella y sonante a la que algún resentido escritor quiso ponerle ridículos reparos; ciertamente que Lugo no era un cultor del lenguaje — ¡afortunadamente, quizás! — pero sí un espíritu selecto y un valentísimo ciudadano, que supo aniar su corazón para escribir magníficos poemas de amor en prosa.

Dos grandes poetas, como exquisitos estetas, han sabido espigar en el difícil campo del ensayo y la crítica literaria: uno, Pedro René Conín y Aybar, alma persensible, dueño de un estilo un tanto sonoro; y Antonio Fernández Spencer, una de las más sólidas culturas puestas al servicio de una dorada péñola, donde, al par que corrección, ilumina su estilo verdadero con metáforas como joyantes girones de estrellas. He mencionado más de una vez a Max Henríquez, y junto a los ya mencionados hay que destacar a Flérida de Nolasco, gran mujer, uno de los espíritus más equilibrados que conozco. También han incursionado en el ensayo Máximo Coiscou Henríquez, de correcta concisión analítica, Juan Isidro Jiménez Grullón, Joaquín Balaguer, buccador de peces celestes en las aguas de las charcas y Juan Bosch, cuyo estudio acerca del cuento es lo mejor que he leído en este sentido.

A Pedro Henríquez Ureña se le han hecho algunos reparos. Se ha hablado de la aridez de su estilo; de su condición de cuasi extranjero, por sus largas ausencias del país, que lo llevaron a olvidar la patria lontana, y se ha apuntado una que otra crítica a lo que se ha llamado exageración de 'españolía'. Veremos que son estas falacias, mal intencionadas alteraciones de la verdad.

III

En primer lugar hablaré de su gran patriotismo. En todo lo que ha escrito Pedro Henríquez Ureña hay un desgarrante acento de nostalgia. Cuando menciona su patria acentúa el ansión con la melancolía. *Nadie en el extranjero ha suspirado tanto por su patria como Pedro Henríquez Ureña*, me dijo Américo Lugo una vez.

En su ensayo *Romances de América*, dice: "En Santo Domingo, mi patria, el pueblo improvisa y repite, recita o canta décimas o redondillas, y también coplas de cuatro versos, más comúnmente asonantadas que consonantadas". Lo que quiero destacar es ese *Mi patria*, puesto en el párrafo con tal vehemencia devocional.

En *Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*, libro de lo americano, dedica dilatadas páginas a Santo Domingo. Allí dice:

"Nuestra inquietud se explica. Contagiados, espoleados, padecemos aquí en América urgencias románticas de expresión. Nos sobrecojen temores súbitos: queremos decir nuestras palabras antes que nos sepulte no sabemos qué inminente diluvio" (1928).

Este libro es uno de los más serios y templados que se han escrito como ensayo acerca de la expresión americana. Hay enjundia y fervor, amorosa pasión serena que brota de la misma médula del hombre que conoce su puro entronque hispánico y la hondura de sus raíces. Hombre de nuestra tierra amada, de esta América dulce y problemática, desde este rincón antillano que es la risueña y convulsa Santo Domingo, madre de ruidosas y proverbiales vehemencias. Todavía hace esta sagaz observación acerca de lo americano:

"Unas veces con infántil pesimismo lamentamos nuestra falta de fisonomía propia; otras veces inventamos credos nacionalistas, cuyos complejos dogmas se contradicen entre sí. Y los españoles, para censurarnos declaran que a ellos no nos parecemos en nada; para elogiarnos, declaran que nos confundimos con ellos".

Innúmeras son las obras en las que nuestro gran humanista habla de su patria; si habla del modernismo, cita, como ejemplo, nuestros

escasos modernistas; si habla de la versificación castellana, nuestros poetas, y muy particularmente Domingo Moreno Jiménez, le ceden ejemplos oportunos; si publica *Cien de las Mejores Poesías Castellanas*; busca entre nuestros poetas poemas dignos de figurar allí. Manuel de Jesús Galván, Gastón y Rafael Deligne, Américo Lugo, Federico García Godoy, Arturo Pellerano Castro, Domingo Moreno Jiménez: he aquí algunos nombres de dominicanos ilustres que han encontrado espacio en los Campos Elíseos de su obra portentosa.

A Gastón Deligne, a quien elogia con sabio comedimento, le hace el siguiente reparo: *Se le reconoce nacional, sin embargo, en sus defectos. Deligne es más que un poeta correcto y elegante; posee maestría superior; sabe prestar atención a cada palabra y aún encontrar la palabra única; con todo, a su poesía falta siempre un punto para llegar a ser poesía perfecta* .

Para caer en este altísimo concepto saturado de comprensión: *Pero si no es poesía perfecta la de Deligne, posee excelencias bastantes para colocarla entre la más selecta que produce hoy la América española*. Esto en 1908.

De Américo Lugo dice: *El primer prosador de la juventud antillana* . Tiene estudios exhaustivos del *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván; de la poesía romántica y un poco novedosa de José Joaquín Pérez, etc. De Moreno Jiménez, sobre todo en el estudio que hace de *La Literatura de Santo Domingo y Puerto Rico*, en la *Historia Universal de la Literatura* de Santiago Prampolini, se extiende en un amplio juicio donde pondera la calidad del creador del Postumismo.

Otro ensayo destacable es *Vida Intelectual de Santo Domingo*, capítulo de su obra *Horas de Estudio*, que presenta el cuadro más completo del movimiento cultural de nuestra patria hasta el 1909. También en *Horas de Estudio* figura el capítulo que intituló *De mi Patria la Catedral*, donde se opone al proyecto de construirle torre o alterar la arquitectura de la primera catedral del Nuevo Mundo. Dice: *¡Amad la catedral sin torre! ¡Sabed amar la catedral de Santo Domingo!*, y agrega: *Grande, si no austera; solemne, si no majestuosa, permanecerá muda, en el abatido orgullo de sus cuatro siglos, si no sabeis admirar su vida profunda* .

No, por Dios. No se le puede poner reparos a su dominicanismo.

La gran obra de Pedro Henríquez Ureña, la que le da matiz de patriotismo y revive para América la importancia primigenia de su patria —nuestra patria— en los aconteceres de la dura brega colonizadora es, sin duda alguna, *La Cultura y las Letras Coloniales en Santo Domingo*, publicada en 1936. Obra de investigación prolija y concienzuda que nadie como él —a no ser su hermano Max Henríquez y,

en otras dimensiones, Rodríguez Demorizi y Coiscou Henríquez—ha llevado a efecto con amor entrañable. Esto prueba lo que ya dijimos, afirmación de Américo Lugo: que nadie en la ausencia suspiró tanto y amó tanto a su patria como Pedro Henríquez Ureña.

IV

Por otra parte hemos de recordar que Henríquez era americano y vivió esa época en la que trataba de despertar para el mundo el naciente movimiento cultural del nuevo continente. '*Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión*' es el libro de esta tendencia americanista. Grandes prosadores como Ingenieros, Montalvo, Rodó y Américo Lugo filigranan obras de magistral elegancia; ya se ha escuchado la oda maravillosa de Bello, y Eugenio María de Hostos, como antes Sarmiento, cimenta la educación americana. El modernismo está en pleno apogeo. Se ha escuchado la voz única de Rubén Darío. Y es Pedro Henríquez portavoz del movimiento. Porque si todavía alguien duda de las excelencias del poeta nicaragüense, el Sócrates americano intuye su grandeza y se hace eco de su poesía polifónica.

Los grandes americanos desfilan por los escritos del humanista dominicano: Rodó, Hostos, Casal, el triste precursor del modernismo; José Martí, apóstol y poeta, prosista y cultor de conciencias; Rubén Darío, cuyo genio fue de los primeros en reconocer; Alfonso Reyes, Bello, Juan Ruiz de Alarcón, José Asunción Silva, Larreta, González Martínez, etc.

De Rubén Darío dijo:

“ Su leyenda lo pinta como Góngora desenfrenado y corrupto. Y cuando se busca en su obra el origen del mito, sólo se encuentran dos o tres detalles que lo sugieren pero no lo justifican: las innovaciones métricas, saludables en su mayoría; el repertorio de imágenes exóticas, siempre pintorescas, rara vez desproporcionadas; las ocasionales sutilezas de estilos, vagamente simbolistas, y los detalles de humorismo”.

Y de Hostos:

“ Antes que pensador contemplativo, Eugenio María de Hostos fue un maestro y apóstol de la acción, cuya vida inmaculada y asombrosamente fecunda, es un ejemplo verdaderamente superhumano”.

Pero tanto como de lo americano, Pedro Henríquez Ureña fue un exaltador de las cosas españolas. Orgulloso de su ascendencia, estudia las grandes figuras del movimiento cultural español: José María Gabriel y Galán, el poeta bucólico y sereno, que maneja, en la rusticidad de sus versos, la sobriedad clásica; Marcelino Menéndez y Pelayo

yo, el gran humanista en quien se hace particularmente admirable la erudición; Azorín, don Miguel de Unamuno, el extraordinario Salamantino del *Sentimiento Trágico de la Vida*; Miguel Cervantes Saavedra, el genio triste del ideal; Juan Ramón Jiménez, el poeta de *Arias Tristes*; Adolfo Salazar, el músico que mejor ha enjuiciado la música revolucionaria; Moreno Villa y Federico García Lorca, grandes poetas de las nuevas tendencias novedosas; Ramón Menéndez y Pidal, descubridor de las grandes epopeyas castellanas.

Entre los clásicos españoles son notables sus estudios de Tirso de Molina, Lope y Calderón. También estudia el gran movimiento romántico. Porque él conoce la distancia que va de lo clásico a lo romántico. Y dice, en el ensayo que dedica en *Horas de Estudio* a Gabriel y Galán:

“ El temperamento clásico es sereno y el romántico es inquieto; aquél busca el alma de la naturaleza difundiéndose en ella, y éste pretende arrancarle sus secretos desgarrándole las inagotables entrañas misteriosas”.

He aquí un ejemplo inigualable de conocimiento y precisión. Se une a la falange de los reivindicadores de Góngora, revelándolo como ángel de luz, a despecho de los que veían en él al ángel de tinieblas, fama proterva que le venía sobre todo del movimiento desventurado del siglo XVII, cuando, a la sombra de los Moratín, la crítica negativa de los Herosillas y Gil de Zárate trata con insólita severidad a los genios del Siglo de Oro español. Dámaso Alonso fue gongorista por excelencia. Por eso Pedro Henríquez Ureña dice de él: *Dámaso Alonso es poeta exquisito y por eso agudo crítico de poesía; nadie ha interpretado como él a Góngora*. Lo cual es verdad. Y hace esta afirmación pese a que Alfonso Reyes, su compañero y discípulo, hizo magníficos estudios del poeta cordobés. Mas, no se queda Henríquez en el color local. Grandes figuras universales pasan por su mesa de disección: Gabriel D'Annunzio, Ricardo Wagner, Oscar Wilde, Pinero, Bernard Shaw, Shakespeare, Enrique Ibsen, Tolstoy, Richard Strauss, Sudermann, Mauricio Maeterlink, Beethoven, Berlioz, Grieg, Saint Saens, Comte, Schiller, Goethe. . .

Afirma:

“ Ibsen, Wagner y Tolstoi, los tres máximos artistas morales de la última mitad de centuria, resultan hoy, mejor comprendidos, maestros de energía y entusiasmo”.

De Wagner afirma:

“ La obra dramática de Wagner, poética y musical, es como la de Shakespeare, como la de Goethe, como la de Ibsen, obra funda-

mental, en que el genio reproduce, condensados, el pensar y el sentir de la humanidad”.

Y en otra parte (*La Profanación de Parsifal*), lo llama *genio sol de la música dramática*”.

De Richard Strauss, el continuador de Wagner en la tradición dramática musical, dice:

“ A pesar de sus rarezas, Richard Strauss es hoy acaso el más hábil dominador de la armonía y de la polifonía, y tanto en la construcciones armónicas como en la invención melódica se muestra original, soberbio, majestuoso a veces, ya delicado, ya doliente”.

Y de Gabriel D’Annunzio:

“ En el jardín de la poesía contemporánea, D’Annunzio es único; es el ave del paraíso cuyo vistoso plumaje esplende sin rivales, y tornasola los tintes róseos del alba, el oro del mediodía, el azul de la tarde, los violetas del crepúsculo, los reflejos argentinos de los astros nocturnos; aunque se titula campeón de un renunciamiento y resucitador de las tradiciones grecolatinas, no es un poeta cuyo mensaje llegará a las multitudes: es un temperamento demasiado temperamental e intenso”.

Y dice bien Pedro Henríquez Ureña. Porque él sabe lo que es arte de multitudes, esto es, popular, populachero, y lo que es arte selecto, de *cerradas minorías egregias*; para usar una frase de Ortega y Gasset. El arte de altura, desgraciadamente, no es para las grandes masas. Puede conmoverlas alguna vez, por ejemplo, el rumoroso movimiento orquestal de una sinfonía; pero el *Parsifal* o *La Pasión Según San Mateo*, sólo serán para las aludidas minorías selectas, que se estremecen con sus mágicas maravillas, porque son las que pueden penetrar el elemento metafísico, inaccesible para el lego, de estos torrentes que buscan encauzarse por el alma y tal puede decirse de los largos parlamentos elocuentes de Luzbel, en *El Paraíso Perdido* de Milton. Esa pasión populachera del arte es ilusoria. El lego penetra con los ojos de su absorta admiración en uno que otro monumento del arte clásico, digamos, *La Pietá* de Miguel Angel, porque la ve con una perspectiva de distancia que lo hace atisbar su alma a lo lejos, deformada, como la estrella luminosa en el cielo que nos engaña con un guiño de luz. Por eso las generaciones siempre han sido contrarias al arte contemporáneo; han estado en rezago con respecto a su época, dos pasos atrás de su espacio temporal, rumiando un pasado que se les antoja tan luminoso hoy, cuanto ennieblado estuvo ayer para sus miopes congéneres.

Pues bien, ya vimos que Pedro Henríquez Ureña era un gran dominicano que regaba la intensa tufarada de sus evocaciones patrias. Hemos visto cómo su fervor patrio no era parva ambientación terrenal, estrechez aldehuesa que se remansa en el desgarrante temblor de la saudade. También era su patria América. El no veía a América como “el continente de la esperanza”, latente en la vana parlería de quienes exhiben su americanismo como medalla al pecho. América era para él algo hondo, vivo, luminoso, raíz vital en la entraña de la gleba del alma. De modo que, porque era dominicano, amaba hondamente a América. Y es lógico: era un gran americano. Pero porque era americano amaba a España poniendo grandes ternuras y conato en la empresa de este amor. Diversos ensayos muestran la vena de su españolía. Tal su libro *Plenitud de España*, donde vamos aspirando el fresco aroma de la condición rectora de España en la cultura. Pero, porque amaba a España, madraza universal, amaba al mundo. No se quedó su genio estacionario en una limitada geografía. Su espíritu ecuménico le hizo explorar en las más diversas culturas. Y en cuanto a su estilo pulquérrimo y correcto es de esos que seducen y apasionan. No gusta de los inútiles arrequives; huye del falso ornamento y de los encajes vistosos; por eso la vestidura de su estilo es bella pero sobria, libre de las garambainas que estragan la producción de una buena copia de escritores.

Empero, Pedro Henríquez Ureña fue antes que nada, y sobre todo, un maestro; maestro ejemplar de generaciones, y no de una generación; porque a través de su vida y de su obra dejó una enseñanza de sabiduría y de sobriedad dignas de imitación. “Hermano y Maestro” le llama Max Henríquez en una hermosa página de recuerdos, de intimismo conmovedor, en los que se acentúan las excelencias de un hogar que regía la primera educadora dominicana.

Porque maestro no es quien repite conocimientos adquiridos, labor de enciclopedia, sino quien, con el ejemplo transmite actitudes y manera de tratar las cosas, y entrega, en generosos renunciamientos, girones de su paradigmática personalidad. Así, Pedro Henríquez Ureña, que fue sabio y humilde, entregó tesoros de su espíritu universal. Sin reticencias, pero comedido de palabras, no impone su personalidad con la facundia sino con la discreción, por lo que pudo decir de él Jorge Luis Borges: . . . *sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor* .

Y no era pedante, porque era sabio, y zahondaba en la sima fecunda de la duda. Quien no duda no vive en el mundo del amor y la

fé, ni llega nunca a la estancia de la sabiduría. Pero no me refiero a un dudar rutinario, fragmentado en departamentos estancos, a voluntad, sino un dudar desde el fondo del alma, verdadero, lucubranter, vueltas todas las plumas de sus ansias hacia Dios, ávido de emprender el vuelo a los espacios radiantes de la verdad. No dudar por dudar, ni de todo: no debe ser el antro de nuestra duda cerrado como las mónadas, sino lleno de hondas para los divinos chispazos de intuición que alumbran el hogar de todo conocimiento verdadero. La duda y la conciencia de nuestras limitaciones son las fuentes verdaderas del saber. Los caminos que conducen a Dios.

Difícil es encontrar un hombre sin Dios. Dios, como Ser de Excepción y acuciante, vive en nosotros con todos sus atributos de divinidad. El ateísmo, cuando no es una ficción, es la expresión de un alma moribunda. Tal es el alma sin ninguna posibilidad religiosa: un alma muerta para la fé, para la ilusión de la vida. Y no vaga, por tanto, más que entre abisales simas de terrores, pues ni siquiera tiene abiertos sus sentidos al infinito profundo de la duda.

Pedro Henríquez Ureña nos ha dado un ejemplo inigualable. Con un cayado de luz en la mano y esquilas de estrellas, con su melancolía campanil, enseñó la senda hacia el aprisco del amor, allí donde podremos hundir las manos, ávidas de ternezas, en el espumeante vellocino del cándido turbión rebañejo.

Es como si hubiera dicho: “¡Levántate y da tu luz! ¡Tu propia luz! No te arredre la magnitud de la empresa, ni la estrechez de tu hogareño rincón. A la puerta de tu osadía te espantarán aves agoreras como al desbrozar don Quijote la entrada de la cueva de Montesinos, grandísimos cuervos y grajos dieron con él en el suelo”. Desertar del buen decir, cerrar la mente a la anhelante perennidad del arte por la tremenda gravitación de un medio que se nos antoja hostil, es como avergonzarse del chirlo de la cara o lanzarse a delinquir porque nos tira por esa vía la rengura; el pedigüeño pone como razón de su mendicidad, muchas veces, su llaga o su orfandad de luz, aún cuando vemos invidentes que, irguiéndose sobre la longura de su tragedia, se hacen grandes triunfadores. ¡Triunfante es siempre el ideal!

VI

Pedro Henríquez Ureña era un humanista. Y un gran crítico.

La crítica no fue en sus manos un arma sino un candil. La crítica es cedazo inútil cuando la usamos como red de pesca en agua turbia, y, en lugar de peces, guijas ásperas y légamo podrido extraemos de su fondo.

Pero tampoco es valedero tirar la nasa en aguas límpidas para apresar bagres y otros linajes de pececillos que se escapan por sus mallas. La crítica debe ser clara, honesta y orientadora. ¿Qué se gana con decir, como se estila, que Fulano es un gran crítico cuyos juicios son temidos? ¿Temidos? ¿Por qué? ¿Es que, acaso, se trata de crítica con jifero, cruenta y demoledora? ¡Inútil y despiadada crítica la de la espada ensangrentada! Ciego es quien no ve por tela de cedazo y necio es hablar de lo que no sirve. Del tembladeral sólo importa el lirio que perfuma, con su maravillosa blancura, o la garza que hace ejercicios funambulescos en una sola pata. Lo demás es soledad, engañadora soledad y hartería medrosa, tranquilidad asesina.

Hay quienes creen que la clave del ideal está en llevar a Quijote dormido dentro del alma y enorgullecerse luego de ser un quijotista. Y yo digo que es necesario también llevar, como luz de ideal, la fe sanchopancesca. Se calumnia a Sancho por encumbrar al amo. Se desnuda a un santo para dejar vestido al otro. Quijote, iluminado de razón, desertó de la fe; no así Sancho, quien, trasponiendo su cerrilidad, llegó a la cima de la fe, y aprehendió la antorcha del ideal en el lecho de la cordura moribunda. Este despertar del ideal sanchopancesco —que yo definiendo a lanzazos en un ensayo que ha mucho escribí— es unamunesco. Y fue estrella en el coracón de Pedro Henríquez.

Es preferible vivir en la ceguera del cariño, rotos los nudos digitales contra el muro de tanto llamar, con un faro de ambición en el otero lejano, y no despierto a la desesperanza, con la agobiante carga de la cordura. Amar es condición humana aunque abrume la inquietud.

Amar, sufrir, luchar y perdonar. ¡Perdonar! Un amigo mío, implacable y cruel, se pronunciaba, de viva voz contra el perdón. Pedía la implacable Ley del Talión, que es muchas veces, aunque no lo parezca, la ley del encaje. “No estoy con el perdón —decía— porque el hombre peca contando con el perdón”. Y era verdad que no perdona: yo lo conocí. Tenía en su alma el inexorable badajo de una cantante fatal que campaneaba en sus noches. Y murió implorando perdón a sombras imaginarias. Porque si parece traducir flaqueza de ánimo el perdonar, “la última y definitiva justicia es el perdón”, con palabras de Unamuno.

Pedro Henríquez Ureña creía en la bondad y sólo rendía culto a la verdad. Por eso dió de sí cuanto atesoró. Es su virtud, su suprema virtud. Quien sella, como en urna cerrada, su verdad, es como el agua profunda, que canta, corre y refresca, y, sin embargo niega la plenitud de su pureza. Sólo a golpe de barreno y de hondura se llega a ella.

El hombre culto es ancho para el ideal: *Cultura fundada en la*

tradición clásica no puede amar la estrechez, dijo Henríquez Ureña, y en otro trabajo afirma: *Y la cultura no existe, o no es genuina, cuando se orienta mal, cuando se vuelve instrumento de tendencias inferiores, de ambición comercial o política, pero tampoco existe, y ni siquiera puede simularse cuando le falta la maquinaria de la ambición.*

¿Y cómo se llega a la profunda pureza? ¿Cómo se puede vivir negando la vida en cada uno de sus actos? Rechazar el beso profundo por temor a las contaminaciones microbianas, ¿no es pura estupidez? Cuenta D'Annunzio la historia de una monja que no había pecado, ni conoció el amor, ni el sufrir en el tráfico cotidiano del convivir, y San Pedro no la aceptó en sus dominios; la obligó a tornar a la tierra para luchar y ganar el cielo. Hay que saber vencer, o perder cuando la adversidad nos sale al paso, con sensata dignidad.

La mandé contra los hombres, no contra los elementos, dijo Felipe II cuando supo el desastre de la Armada Invencible, que es como decir: *Dios lo quiso*. Y cuando los españoles se justificaban ante su rey, de una derrota de los moros, explicándole: *Eran muchos y muy buenos, Majestad*, el monarca les espetó con orgullosa indignación: *Como mejores los mandé yo a ustedes.*

Sí, mejores frente a la adversidad, y ante el golpe contundente y falaz del destino, del odio y del dolor.

Pedro Henríquez Ureña fue un humanista y un esteta. Un artista amoroso de la Verdad. Porque como dice Unamuno:

“El arte no puede ni debe ser el alcahuete de la mentira; el arte es la suprema verdad, la que se crea en fuerza de fe. Ningún embustero puede ser poeta. La poesía es eterna y fecunda, como la visión; la mentira es estéril como una mula y dura menos que la nieve marcera”.

¿Qué otro reparo se le pretende hacer? ¡Ah, sí! La pasión. Pero es que yo creo que uno de los grandes resortes humanos es la pasión. No se logran grandes cosas con la quieta frialdad meditativa. Creo con Kierkegaard que los tiempos, más que malos, son mezquinos, porque les falta la pasión. Sólo se levantan montañas con la fuerza pasional, que estimula el cerebro y apresura el corazón. No hay otra cosa. Tiembla de esas quietudes estatuarias como del agua en reposo. En el fondo de la serenidad del lago puede haber remolinos engañosos que aprisionen en sus impetuosas corrientes al más osado.

Es como aquello de que *del agua mansa líbreme Dios*.

Pedro Henríquez Ureña fue pasional, y porque amó mucho, tiene hoy derecho al recuerdo y a la admiración.